

de una leyenda dudosa. Perennes auroras rosadas se reflejaban en un lago cristalino en cuyo fondo una vela Minuto con escafandra ardía sin consumirse. Águilas indolentes con cabezas de caballo planeaban sobre un ineliminable cuadrículado de frío. La gota viajaba en un tanque Sherman, embestía la escarcha, dejaba gruesas huellas. Los nativos se espantaban. Toda Noruega vibraba de alarma ante el avance de la Gota Artillada. ¿Hasra dónde llegaría? Según las leyendas del país, nunca desmentidas, si el ruiseñor cantaba se apagaría la vela en el fondo del lago, y con ella se extinguiría la inspiración de los artistas. A cambio, tendrían el perfume de la eterna melancolía.

Hubo una guerra, inevitable. El tanque se multiplicó en mil tanques, cada uno en un hexágono de cristal, avanzando sobre transparencias de hielo. Fue una guerra hecha toda de espejismos y fantasmagorías. La Nieve también se multiplicó. Era una princesa blanca y gorda, luja del Rey Polo, y por la posesión de su mano se desencadenaron las hostilidades entre las potencias escandinavas. Su linaje era valiosísimo. Pero al proliferar las Princesas Nieve, la confusión se apoderó de las ópticas de esos blancos páramos. El General Panzer Gota Bora dirigía las operaciones, encerrado en un gotero rallado. Las batallas eran un espectáculo increíble, millones de soldados en bicicleta arando casquetes, las águilas creciendo a ojos vista, el ruiseñor de plata en su tabernáculo de átomos siempre en el fondo del paisaje. ¡Y todo por iniciativa de una gota!

Hasra que una rajadura en el vidrio del gotero permitió que éste se llenara de bruma. El Primer Ministro de Noruega mandó vaciar la bruma con una bomba, y descubrieron que la gota ya no estaba adentro. Reapareció en el fondo del lago, suspendida sobre la punta de la llama de

la vela. El calor la ablandaba y deformaba, hacía brillar sus colores, y le hacía desprender un extraño olor a flores antiguas.

En las grandes praderas de la China una gota puso una agencia de noticias. La vida aldeana en sus inmutables ciclos de yin y yang se sacudió con el estruendo de las transmisiones. La agencia Gotactual compró un equipo de basketball y el partido inaugural (del equipo y del lujoso estadio construido en los arrabales de Mongolia) se haría contra un combinado de estrellas de la NBA. Los norteamericanos estaban ávidos por conquistar el gran mercado deportivo del Imperio Amarillo, y el Departamento de Estado gestionó la visita. El Papa comprometió su asistencia al evento. El equipo se había formado con los chinos más altos y fuertes y para los entrenamientos el señor Gota, que había asumido la dirección técnica, adoptó un procedimiento novedoso. O no tan novedoso, porque ya los antiguos romanos lo habían usado, y lo usan en la actualidad los surfistas en Hawaii. Consistía en utilizar en las prácticas en lugar de una pelota común una esfera de bronce pesadísima. De ese modo los atletas desarrollaban unos reflejos de peso que una vez en el partido de verdad los haría manipular la pelota como un sueño. El primer día usaron la bola de bronce de veinte kilos, al día siguiente la de venticinco, al tercero la de treinta. Los gigantes chinos se doblaban bajo el peso de ese magno proyectil. Gota subió la apuesta: los hizo ejercitarse en una cancha de diez kilómetros de largo por tres de ancho. Las dimensiones estaban proporcionadas con el peso de la pelota de bronce; Gota era muy bueno en calcular relaciones de proporción, y no necesitaba hacer un cuadrículado. Usaba esta habilidad con las noticias: las magnificaba respetando las proporciones. A eso se debía el éxito de su agencia y había